

RAIGAMBRE POPULAR EN LA EXPRESION DE ALLENDE

P O R



E Lira Espejo

Todo se ofrece a manos llenas y ni siquiera sabemos recibir. La riqueza se brinda por todas partes y cada minuto del más pobre instante, con tan noble y generoso señorío, pero nunca aprendemos a atraparla cautelosamente. Esta dádiva encendida de potencias vitales busca un reino de belleza, de espíritu y humildad, para fructificar.

El hombre aislado sin querer detenerse, ciego y sordo a la vez, viviendo entre millares y millares de hombres aislados, ciegos y sordos los unos como los otros. Por donde pasa, por el amplio camino que transitan todos los hombres, una huella estéril, anónima y malsana, queda; despidiendo un aire cargado de corrupciones que ataca violentamente la suela de los zapatos de aquellos que encienden de luz sus ojos o llenan gloriosamente de sonoridades sus oídos. Pero no son las únicas víctimas, porque los niños con su sabrosa alegría, con su pureza de humildad y sus pequeñas manos temblorosas de frío y esperanza, sienten el golpe del aire malsano que despidе el camino y que ha de cercenar lo más bello de sus posibilidades.

Y cada minuto del más pobre instante brinda riquezas a manos llenas.

Allí está el paisaje y su esplendor y allí están todos los pobladores del paisaje, donde cada árbol parece un señor en sus dominios y cada hoja y cada flor pequeña, vocean una lección de júbilo emocionante, de alegría sin límites, de materia inédita. Si el hombre, en vez de estar aislado, con las torturas de sus limitaciones diarias, se encontrara solo consigo mismo en soledad, pero no en aislamiento, y rompiera con la navaja del espíritu los velos que cubren sus ojos y sus oídos, quedaría atónito frente al mundo que lo rodea. Admirado ante la profundidad del azul del cielo; deslumbrando sus ojos la luminosidad cotidiana que cada noche se refugia en los rincones de la oscuridad para decorarla de estrellas y luz. La casa humilde de súbito tomaría entonaciones diversas y se penetraría en un mundo más humano en que el hombre alcanza significación de hombre. Y al transitar por el amplio camino de todos los hombres, con las torturas de sus limitaciones diarias, agregaría algo más, ahora que sus ojos y sus oídos están despiertos a plena anchura y el espíritu vibra violentamente, y ese algo más es siempre inicial de creaciones magníficas.

* * *

Quiero imaginarme a un hombre nuestro, a uno de nuestros predestinados que tuvo ojos y oídos siempre despiertos, caminando lentamente por los caminos que llevan a lo más humilde y glorioso, a la dulzura y a la aspereza, donde reside ese pueblo chileno que amamos tiernamente.

Quiero imaginarme a Pedro Humberto Allende con su amplia melena y su cara beethoviana un tanto cobriza y con su espíritu de chileno tan noble como el más noble de los metales preciosos.

Quiero imaginarme al hombre para comprender al músico. Siempre atisbando en el pueblo para recibir lo que se brinda con generosa humildad. Allende sabe y lo que es mejor, lo ha comprendido desde el primer momento que no se puede falsear la realidad. Que existe una materia de pueblo con la cual se logra hacer música. Mas esta música al contener todo el pueblo transparenta sus dolores y sus júbilos, su caídas y sus esperanzas. No basta tomar esta materia de pueblo y con habilidad de artífice decorar una bien cimentada arquitectura sonora. Quedar en lo pintoresco, en el populismo que tanto dicen gustar aquellos que hablan de arte, con una autoridad que ellos mismos y para ellos se brindan, es no entender al pueblo, es ni siquiera haberlo visto, ni haber respirado la atmósfera candente de lo popular. El aire del pueblo ha venido a Pedro Humberto Allende y lo ha respirado a pulmones plenos. Lo ha sentido por amor infinito y por tradición. Familia de artistas, de músicos, en su casa siempre se ha respetado la mejor calidad y al lado de los clásicos venerados estuvo siempre la veneración y amor al pueblo.

La chilenuidad en la obra de Allende no es sólo el uso al modo popular de melodías, de cadencias, de ritmos o de particularidades usadas por el pueblo chileno. Es una identificación con el pueblo mismo. Sangre y cielo, ingenuidad y angustia, que aclaman lo mejor de Chile transformado en música.

* * *

Allende entra en la música cuando Chile estaba ausente de la música.

El chileno y para identificarlo bien, el hombre del pueblo, inicia sus luchas de reivindicaciones y afirma su derecho de vivir en un mundo substancial y humano, y de intervenir con derechos y deberes en lo propio, en este Chile de sus querencias. El ansia, aún latente de cultura del pueblo chileno, es un firme propósito de su defensa.

Es en estos momentos cuando entra en la música nuestra, Pedro Humberto Allende y busca sus substancias en las substancias del pueblo y su material en los materiales del pueblo y su decir en los decires populares. Allende, que se sabe de los mejores, comprende que la única aristocracia auténtica de Chile, está en el pueblo.

El nombre de Pedro Humberto Allende, me trae siempre el recuerdo de otro de los grandes maestros de Chile, don Juan Francisco González. Nadie en la pintura, ha amado a la tierra chilena y sus dones con más calor que él. Sus cuadros son pedazos de chilenidad y de lo más propio de nuestro espíritu.

Hace poco en esa bendecida tierra de Colombia, en el taller de un hombre nacido en Yugoslavia que conoce, siente y quiere lo nuestro, el pintor Rokho Matjasic, contemplábamos algunas telas de Juan Francisco González. Nunca la tierra mía y sus cualidades afloró con más estremecimiento de sangre viva, en mi ausencia de años y años, como en aquel entonces. Esas flores delicadísimas y aquellas rosas transparentes al igual que la más tierna y pura frase infantil, aquellas frutas jugosas y matizadas con tanta ternura, y la casa humilde conteniendo todo el dolor y miseria del hombre, estaban rodeados de luz, de atmósfera, de vibración de espíritu, que le es sólo propio a Chile y a los suyos.

Este es también el espíritu que nutre la música de Allende.

Estos dos maestros tienen idéntica significación en la cultura chilena. Son en lo chileno inicial de dos caminos que se juntan en uno solo al encontrarse con el pueblo mismo.

* * *

Encuentro en la música de Allende una angustia muy nuestra y de las más recia estirpe, como la encuentro en Juan Francisco González y como también se agita en Pezoa Véliz o en Pablo Neruda, los dos grandes poetas de Chile.

Un crítico de música, un joven supertécnico que sonríe protectoramente al referirse a Beethoven, detesta a Brahms y desprecia a Max Reger, este joven crítico de música me explicaba que toda esta interpretación mía, podía circunscribirse a un simple problema musical y más exacto a un simple problema armónico. Los críticos podrán afirmar la inestabilidad armónica en la producción de Allende; su predilección por el modo menor inverso, de tan deliciosa vaguedad, sus notas que dan vuelta, el uso tan expresivo de la apoyatura, la sexta agregada en sus acordes, el juego inesperado de sus cadencias y tantas y tantas otras cosas que los críticos saben utilizar como eruditos y distinguidos señores de la música. Pero la identificación de la música de Allende con lo popular chileno no puede someterse a disección.

La angustia de la música de Allende viene precisamente de su chilenidad. Esta angustia no es negación. Al contrario, afirmación. No es aislamiento, sino conciencia humana. Es la más noble y justa actitud, esta la del músico chileno. Reintegrarse al pueblo por sangre y voluntad. El que se haya detenido a meditar en algunas y todas, las principales obras de Allende, entenderá esto. Las «Tonadas para piano» tan sutiles de armonías, tan deliciosamente coloreadas con toques siempre finísimos, nunca estridentes, ni siquiera diferenciados, están definiendo un tono grisáceo, similar al de nuestro paisaje o a nuestro modo de ser, circunspectos y retraídos.

* * *

De todos nuestros músicos, Pedro Humberto Allende es el que ha logrado con más acierto la interpretación musical del paisaje chileno. Penetra el paisaje acariciando su retina y se transforma en su espíritu en auténticas sensaciones musicales. Un ejemplo muy claro de mi afirmación son las «Escenas Campesinas». El paisaje siempre presente y dominando en los tres números de la obra. Aquí Allende, como en ninguna otra obra, revela un sentido pictórico y plástico más acentuado. La deliciosa coloración del primer trozo, «Hacia la Era», dibujada de animales y seres humanos, subrayada por los más ingenuos detalles, nos pintan un cuadro con trozo firme y paleta segura y riquísima. La alegría de la fiesta popular, «En la Ramada», el segundo número, o la luz deslumbrante de la «Trilla a Yeguas», confirman la preocupación característica del paisaje en la música del compositor chileno. Lo mismo podría afirmarse de casi todas sus Tonadas o del ambiente de «La voz de las calles», su poema sinfónico basado en los gritos de los vendedores callejeros y cuya intención es más bien psicológica. Pero la visión del paisaje, si pudiéramos decir, en Allende, es seccional, trozos de naturaleza enmarcados en determinados momentos. Se entusiasma con gozosa sensualidad ante la calidad del cuadro enfocado por su visión y lo transparenta con detalles de delicadísimos matices. Allí está el juego de sus relaciones armónicas tan pulcramente cuidado por el maestro. Allí reside lo expresivo de su música y allí reside el color.

Una vez en clase de composición, recuerdo que Pedro Humberto nos afirmaba, de organizar las cadencias, de estudiar con prolijidad las marchas armónicas de un trozo, porque ellas son el sustrato de la expresión.

Esta manera de enfocar el paisaje es otra similitud que encuentro entre Allende y Juan Francisco González. Ambos miraban el paisaje en lo humilde. Captan un instante que es a la vez tipo de todo nuestro paisaje y en todos los instantes. En las manchas bien matizadas—color en el uno, armonía en el otro—a veces poco definidas, emerge el objeto delineando su calidad. En Allende la melodía nunca es mantenida en orgía lírica, para subestimar los otros valores musicales. Al contrario, ella está subordinada a la armonía. La arquitectura armónica, mantiene el predominio vitalizador. La pintura de Juan Francisco González es siempre transparente. Recuérdense sus rosas y sus flores inmateriales o el prodigio de matices en las carnes de sus figuras. La música de Allende en su armonía y orquestación, desdén detalles preciocistas en favor de lo expresivo. No hay la luminosidad de las telas de don Juan Francisco. Se mueve la música en una gama más sutil de recursos, de tonos sin contrastes, fundiéndose los contornos. Todo ha sido buscado para servir esta finalidad. Recuérdese la predilección por el modo menor inverso y las escalas griegas. El constante modular de sus armonías, huyendo a veces de afirmación de la tonalidad. Sus ritmos irregu-

lares y la extraña presencia de cinco, siete y nueve octavos en la división. La utilización intencionada de apoyaturas que rodean el tono. Es decir, todo contribuye a evitar la repetición insistente y a mantener una sólida vaguedad en la percepción auditiva.

Gabriela Mistral escribió, con ocasión del estreno de «La Voz de las Calles» en Cuba: «Vuestra espléndida orquesta ha tocado la «Voz de las Calles», del músico chileno Humberto Allende. Quiero contar algo sobre el grande amigo a estos siete mil cubanos que me oyen y especialmente a los maestros que gustarán de saber algo del artista cuyo rostro no están viendo.

Allende es un hombre de media edad, de tipo más blanco que mestizo, pero tal vez, como yo, un hijo de truke de sangres. Su noble cabeza blanquea desde la juventud, y llevando desde los treinta años esa lumbrarada que junto con la expresión grave de su semblante, confiesa la pasión, la bienhechora pasión que ha consumido su carne que él le dió en pasto, y de la cual nace su obra entera.

Allende ha enseñado muchos años en nuestra Escuela Normal de Santiago. Creo que él, lo mismo que yo, se ha consolado en su arte de la pesadez de arenal que es la pedagogía. Pues como ustedes lo saben bien, amigos profesores, la pedagogía será siempre especie de geología calva, de rocoso peladero y es preciso plantar a mitad de ella oasis naturales y hasta artificiales, grupos de palmeras como las del Atlas, que refresquen la boca y no nos dejen morir asfixiados de arenas muertas. Los pedagogos franceses, que son los más humanos y los menos pedantes entre los pedagogos, acostumbran aconsejar a sus discípulos el crearse un «metier de côté», el oficio lateral y salvador que descongestione y alivie a esa profesión obesa.

Allende se ha salvado así y ha humedecido sus años con este rocío de la música, que viene del cielo y vuelve al cielo.

Hemos oído maravillados su poema sinfónico del género culto-popular. Yo seguía desde mi asiento, con una atención feliz, la doble línea que bien quisiera hacer mía, el doble trazo de fineza y sencillez, de populismo y técnica.

Ah, que no sigan creyendo los artistas soberbios y equivocados el error de que la calle los aplebeya y de que el campo los cubre de abrojos y los salpica de feo fango.

Todo pueblo viejo es vellón fino, todo campesino es limpieza fragante. Una cosa es plebe, otra pueblo. La plebe vive adentro de las tres castas sociales.

Allegarse al pueblo, entrar en su corro, mezclarse a él, se traduce como en el maestro de Chile, en vitalidad grande y se vuelve una nobleza medieval, es decir, una genuina nobleza.

Tiren el miedo los que huyen del campo y la calle; tienten la aventura; hagan su regreso hacia el pueblo rústico y el pueblo civil. No se van a arrepentir».

* * *

Por esos caminos que llevan a lo más humilde y glorioso, a la dulzura y aspereza, llegó Allende al pueblo y lo interpretó en su verdadera significación.

Desde muy niño oyó hablar del pueblo con respeto y emoción. En la casa de su padre, don Juan Rafael Allende, poeta de distinguida alcurnia, se fomentaba y estimaba, no sólo las inquietudes poéticas y literarias, sino allí se hacía también música de la mejor calidad y el folklore era preocupación sincera. Pedro Humberto Allende, desde muy temprana edad se acostumbró a admirar las fiestas populares en Navidad, en Año Nuevo o en los días nacionales y las canciones, tonadas y cuecas, le eran familiares. Esta inquietud ha de reflejarse más tarde en esas obras maestras que son las Tonadas para piano, en las Escenas Campesinas, o en La Voz de las Calles.

Si el paisaje y la alegría gozosa domina en las Escenas Campesinas, el dolor desgarrado, el grito de protesta contenido está latente en **la Voz de las Calles**. Este bellísimo poema sinfónico basado en los cánticos de los vendedores ambulantes de Santiago, nos sugiere inmediatamente al pueblo chileno lacerado y valeroso, y toda su epopeya de luchas, de miserias y esperanzas. Estos pregones, musicalmente insignificantes, de trazos tan pequeños pero de una fuerza substancial, diferencial y emotiva tremenda, han sido utilizados por Allende con sabia maestría, manteniendo una emoción popular admirable. Allí está el paisaje ambientado con sensibilidad y firmeza y está el hombre pueblo con todo su esplendor y gallardía. Los pregones populares descarnados en su angustia, viriles en su dolor, se mueven a través de todo el poema de Allende, subrayándose en uno y otro instrumento, como se mueven los hombres en las multitudes en sus luchas y esperanzas. Cada pregón es la síntesis del dolor de todo un pueblo. La historia nunca relatada de la podredumbre y la miseria, de la falta de sol y abrigo y la ausencia de belleza, de color y luz en este pueblo mío que merece un destino más donoso. En buena hora Allende llevó su talento y su sensibilidad de hombre sensible y honrado a estos rincones populares donde el chileno saca fuerza de sus flaquezas contra marea y viento. Yo sé que hay otras obras de Allende que podrán ser de todas mis querencias, pero la Voz de las Calles me entrega algo tan propio, tan puro, tan integral y tan auténtico de mi pueblo como ninguna de aquéllas. Esta Voz de las Calles, Voz de Chile y sus gentes, se une y se hermana con las obras más preciadas y de más significación y trascendencia de nuestros creadores. Yo he visto hace algunos años, al interpretarse esta obra por la Orquesta Sinfónica Nacional, dirigida primero por nuestro gran maestro Armando Carvajal y después por Víctor Tevah, este muchacho que no lleva otra credencial sino que sólo su talento, en esos conciertos populares al que asistía

el auténtico pueblo en sus teatros populares, he visto a estos chilenos, obreros y hombres humildes, estremecerse de entusiasmo y sentirse identificados por la música. Es que Allende ha sabido ser chileno y del pueblo. Lo tiene en la sangre y en la conciencia. Como lo han sido y lo son los mejores creadores de esta tierra Pezoa Véliz y Juan Francisco González, ayer; Pablo Neruda y Humberto Allende, hoy. Ellos creen en el pueblo que es el mañana.

Audiciones escogidas:



Obra: La Voz de las Calles, poema sinfónico

Intérpretes: Orquesta Sinfónica de Chile, Luis Herrera de la Fuente (dir)

Lugar/fecha: Teatro Astor, 06/03/1960

Ocasión: Temporada Oficial, 5° Concierto

Compositor: Pedro Humberto Allende Sarón

[Volver](#)